
Stephen Smith

«No creo que los revolucionarios hagan las revoluciones»

Marius Christian Bomholt

Stephen Anthony Smith es, entre otras cosas, Catedrático del All Souls College de la Universidad de Oxford, Profesor de Historia Comparada en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, y Honorary Research Professor de la Universidad de Essex. Es una de las figuras con más reconocimiento mundial en el campo de los «Estudios Revolucionarios» y ha investigado ampliamente sobre las Revoluciones rusas y chinas. Entre sus publicaciones más recientes destacan Revolution and the People in Russia and China: A Comparative History (2008), The Russian Revolution: a Brief Insight (2011) y, de este año, Russia in Revolution: An Empire in Crisis, 1890 to 1928.

Rusia y la Revolución

—En El siglo, el filósofo francés Alain Badiou reflexiona sobre diferentes acontecimientos que podrían considerarse como marcadores del comienzo

y del fin del siglo XX, en el sentido de que representan un claro cambio de paradigma, los albores o el cierre de una era. Afirma que lo que él denomina el «siglo totalitario» comienza en 1917, llegando a su ápice con Stalin y Hitler; y termina con la muerte de Mao en 1976. Como historiador, ¿qué opina de periodizaciones como la de Badiou?

—Todos los historiadores tenemos que periodizar nuestra materia. Como ha señalado Ludmilla Jordanova, la periodización depende de privilegiar ciertas atalayas [*vantage points*] y de seleccionar «marcadores simbólicos» de acuerdo con «el peso que se atribuye a los distintos campos de la actividad humana»; por lo que constituye «una forma de clasificación del pasado» (Jordanova, 2000). No encuentro la periodización de Badiou especialmente convincente si su propósito es el de clasificar toda la historia del siglo XX. El motivo de clasificarlo en términos de «totalitarismo» —en lugar de, digamos, en términos de dos guerras mundiales, de imperio y descolonización, o de las bonanzas y bajones del capitalismo— me parece algo arbitrario. Incluso si el totalitarismo se entiende como el marcador relevante de la clasificación, es discutible si empieza en 1917, en vez de 1914 (la historiografía actual subraya decididamente la concepción de la Revolución rusa como producto del Primer Mundo); o si el bolchevismo antes de Stalin puede ser caracterizado justificadamente como «totalitario». Cuando reflexionamos sobre el siglo XX, la idea, desarrollada por Eric Hobsbawm, del «siglo XX corto», dividido en la «era de la catástrofe» (1914-1945), la «edad dorada» (1915-1973), y «la debacle» (1973-1991), me parece más oportuna (Hobsbawm, 1994). Como escribe Hobsbawm: «Muy poca gente negaría el hecho de que una época de la historia mundial llegó a su término con el colapso del bloque soviético y de la Unión Soviética» (Hobsbawm, 1998). Uno podría argumentar que tal periodización es eurocéntrica: en ese respecto, la de Badiou tiene la ventaja [*edge*] de incluir la Revolución china. Pero la Revolución china fue un proceso que

empezó en 1925 con la «revolución nacional» y continuó, discutiblemente, hasta 1976, por lo que no puede ser captada simplemente bajo la lente de «totalitarismo».

—*La expresión «Revolución rusa» se emplea a menudo para subsumir la Revolución de Febrero y la de Octubre bajo un único término. ¿Le parece eso completamente apromblemático, o deberíamos diferenciar más nítidamente?*

—Personalmente opino que hubo *dos* revoluciones en 1917, a pesar de que algunos historiadores rusos recientes han cuestionado esa visión. El derrocamiento de la autocracia zarista en febrero se produjo a través de una combinación de conspiración de la élite —políticos de la *duma* y generales—, y de huelgas, protestas en la calle y motines de soldados. Constituyó una verdadera revolución en tanto que derrocó una dinastía de trescientos años de antigüedad, inauguró derechos políticos y civiles (por ejemplo el sufragio femenino) y ofreció la promesa de una república democrática, una vez terminada la guerra. Sin embargo, a partir del primer momento el nuevo Gobierno Provisional comprendió la Revolución de Febrero como una revolución puramente política, mientras que los obreros, los campesinos y los nacionalistas no rusos vieron el término de la autocracia como el comienzo de un proceso de cambio económico y social radical: esto es, como el comienzo de una revolución social.

Con la decisión del Gobierno Provisional de continuar con la guerra, sus probabilidades de supervivencia se vieron muy mermaidas, y eso, en combinación con el colapso de la economía y de las capacidades coercitivas del Estado, llegó a intensificar la revolución social a partir del verano de 1917, cuando proliferaron los soviets (la forma política preferida por las masas), cuando los obreros tomaron el control sobre la producción, cuando los campesinos redistribuyeron las tierras de la nobleza rural [*gentry*], y cuando los soldados y marineros democratizaron las relaciones de autoridad en el interior de la fuerzas armadas. Tal radicalización popular mar-

ginó a los socialistas moderados –los Mencheviques y los Socialistas Revolucionarios– que habían dominado el Soviet de Petrogrado durante los primeros meses de la Revolución y le habían dado apoyo condicional al Gobierno Provisional. En otoño, los Bolcheviques supieron ocupar ese vacío político con habilidad, otorgando protagonismo a los movimientos masivos con eslóganes sencillos como «Todo el poder a los soviets» y «Pan, paz y tierra». No equiparo esa toma de poder por los Bolcheviques en octubre de 1917 (que se ciñó inicialmente a Petrogrado) con «la Revolución de Octubre», la cual sólo se puede considerar completada en 1921 con el establecimiento de una dictadura bolchevique. No hay duda, sin embargo, de que se trató de una revolución social en sentido pleno: se pretendía trasladar el poder político al pueblo, y todo el orden social y económico heredado de periodo zarista experimentó un cambio radical. La Revolución alemana de 1918-1919, por cierto, fue algo parecida, en tanto que la decisión cínica del Alto Mando de las fuerzas armadas de permitir a los Socialdemócratas tomar las riendas del poder (y así tener que lidiar ellos con la derrota militar), en combinación con rebeliones de soldados y marineros y la formación de consejos obreros, desembocó en la abdicación del Káiser. En contraste con Rusia, sin embargo, el gobierno socialdemócrata –apoyado por los generales y por una burguesía potente, y no amenazado por un campesinado insurgente– tuvo la posibilidad de suprimir sin piedad los comienzos de una revolución social.

—Pocas dudas caben de que 1917 fue uno de los años más decisivos en la historia de Rusia. Usted, como uno de los especialistas con más reconocimiento mundial en la materia, ¿cómo resumiría en pocas palabras los cambios sobrevenidos en ese año y sus revoluciones?

—Esta pregunta se puede contestar a través del examen de 1917 a corto, medio y largo plazo. Tomaré en consideración algunos de los cambios a largo plazo a continuación, pero limitándome

a unas pocas palabras, diría que a corto plazo, 1917 fue testigo del derrocamiento de un imperio dinástico; de la movilización y radicalización de diferentes agrupaciones sociales (a pesar de que las mujeres en verdad nunca se organizaron entre ellas, excepto durante un breve momento para instaurar el sufragio); del fin de la Primera Guerra Mundial; y del ascenso al poder de un partido socialista extremo y antaño marginal. Los Bolcheviques creían que con tomar el poder ellos iban a iniciar una revolución socialista global. Creían que la escabechina de la Primera Guerra Mundial significaba que el capitalismo había llegado a una crisis terminal, y que las acciones decisivas en la atrasada Rusia impulsarían a los obreros en los países capitalistas más desarrollados a tomar el poder. Octubre significó a corto plazo —es decir, en el primer año bajo el mando de los Bolcheviques— el traslado del poder a los soviets (y no el dominio del partido único), la entrega de tierras a los campesinos (y no la colectivización de la agricultura), la abolición de un ejército permanente (en lugar de un Ejército Rojo jerárquico), la oposición al imperialismo, la liberación nacional y la democratización de todas las esferas de la vida social.

—*A su juicio, ¿de qué manera están relacionadas la revolución de 1905 y la(s) revolución(es) de 1917? ¿Podría decirse que 1917 «consiguió» lo que 1905 no pudo? ¿Por qué?*

—Ambas revoluciones rusas estuvieron enraizadas en una crisis estructural profunda que derivaba, por un lado, de la intensa rivalidad entre Rusia y los crecientes poderes industriales e imperiales, y por otro, de las contradicciones acarreadas por lo que Timothy McDaniel denominó «capitalismo autocrático» (McDaniel, 1998). Estos dos elementos estaban interconectados, en tanto que la rivalidad inter-estatal obligó al régimen zarista a iniciar un proceso de modernización económica que resultó políticamente desestabilizador; todo lo cual, por vía directa o indirecta, engendró una clase obrera militante, un campesinado empobrecido y resen-

tido, unas clases medias profesionales y una *intelligentsia* crítica. Todos esos agentes consideraron la autocracia un obstáculo en el camino hacia más libertad política y mejora económica y social. En ese sentido, las raíces de las revoluciones de 1905 y 1917 eran similares. Además, ambas fueron el resultado directo de un fracaso en la guerra: en el caso de 1905, la guerra contra Japón (1904-1905), y en el caso de 1917, la «guerra total» de 1914-1918. Dicho esto, la movilización de obreros, campesinos, soldados y marineros en 1905 —en alianza con un movimiento de la clase media que reivindicaba derechos civiles y políticos— obligó a la autocracia a hacer unas concesiones muy reales. Se puede argumentar que en los años 1907-1917, con la despiadada supresión de la izquierda revolucionaria, el crecimiento rápido de la sociedad civil y la promulgación por parte del gobierno de medidas que permitían a los campesinos privatizar sus terrenos, la política rusa se aproximaba a una dirección más reformista. Pero ya en 1907, Nicolás II había renegado de la promesa de un orden constitucional, y el estallido de la guerra en 1914 asoló las posibilidades de una modernización capitalista bajo una monarquía constitucional. La Primera Guerra Mundial supondría unas cargas enormes para la economía industrial y agraria, para las infraestructuras comerciales y de transporte y para la hacienda pública; unas cargas que se revelarían mucho más difíciles de asumir que las que produjo la guerra con Japón en 1904-1905.

—*¿Cuál fue el papel de la Primera Guerra Mundial en los albores de la Revolución?*

—La Primera Guerra Mundial fue la gota que colmó el vaso. La actuación de Nicolás II y sus ministros en la guerra —exacerbada por rumores de simpatías pro-alemanas y el comportamiento escandaloso de Rasputín en la corte— alienó a las clases privilegiadas de la autocracia. Los lastres de la «guerra total» acarrearón una crisis de abastecimiento en el frente, una inflación galopante,

la caída de los sueldos reales y una escasez de alimentos en el interior del país, alimentando así un sentimiento de amarga desafección entre los obreros y consumidores urbanos, y provocando que los campesinos se replegasen hacia la subsistencia, ya que el precio del grano estaba cayendo, y poco había que comprar en el sector de los bienes de consumo. Rusia, que había sido el mayor exportador de grano en 1913, hacia 1917 se veía incapaz de alimentar a su población civil, un problema que sólo iba a agravarse después del mes de octubre.

—Entre todas las figuras revolucionarias involucradas en las acciones políticas de 1917, la de Lenin como líder de los Bolcheviques es claramente la que destaca. Es imposible, desde luego, evaluar el total de la influencia de Lenin sobre el proceso revolucionario (y más allá) en esta entrevista, pero, a pesar de ello, ¿podría señalar los aspectos y las fechas que usted estima más importantes acerca de esta figura controvertida?

—No creo que los revolucionarios hagan las revoluciones, aunque juzgando por el número de libros sobre la Revolución rusa que han salido en 2017 y que llevan el nombre de Lenin en su título, no parece que la mía sea una opinión ampliamente compartida. Como mucho, los revolucionarios erosionan la legitimidad del antiguo régimen y convencen a la gente de que otro mundo mejor es posible. Sólo es en los momentos de profunda crisis social y de parálisis del poder estatal cuando los revolucionarios pueden capitalizar la desafección masiva e intentar derrocar el orden antiguo. Cuando Lenin volvió a Petrogrado en 1917 después de casi un decenio en el exilio, se percató de que existía una situación precisamente así en ese momento. Lenin fue ciertamente el arquitecto del Partido Bolchevique, y éste se había granjeado ya alguna prominencia durante la revolución de 1905 (sobre todo por su papel en el malogrado levantamiento de Moscú en diciembre de aquel año). A partir de 1907, sin embargo, todos los partidos revolucionarios fueron aplastados, y en el momento de la Revolución de Febrero, los

Bolcheviques eran una fuerza maltrecha en los márgenes de la política rusa, mucho menos influyente que los Mencheviques o los Revolucionarios Socialistas. Tras su regreso a Rusia, no obstante, el brillante instinto político de Lenin, particularmente su hostilidad hacia los liberales rusos (que pudo haber tenido como origen la indiferencia que mostró el público en la ocasión del ahorcamiento de su hermano en Simbirsk en 1881) y su profunda desconfianza de los socialistas moderados, junto a su convicción apasionada de que la Primera Guerra Mundial señalaba una crisis final del capitalismo, lo ayudaron a evaluar la constelación de fuerzas políticas de manera tajante y perspicaz. En contra de los socialistas moderados y de algunos líderes en su propio partido, insistió en que debía haber una resistencia implacable a la guerra imperialista y al Gobierno Provisional, que era el gobierno de «capitalistas y terratenientes». Muy consciente de la profunda impopularidad de la guerra y del desesperado sufrimiento de las masas, hizo campaña sin tregua para que su partido alcanzara el poder. Quiero subrayar que la Revolución rusa estuvo profundamente enraizada en problemas de modernización económica, pobreza, desigualdad y una injusticia social apabullante, pero sin Lenin no hubiera habido toma de poder en octubre. En las crisis revolucionarias lo que importa es un liderazgo decisivo y Lenin lo mostró plenamente. Después, en un contexto de colapso social y económico y en medio de una cruel guerra civil, los rasgos más negativos de la personalidad de Lenin y de sus ideas –su tendencia al autoritarismo, la intolerancia hacia el disenso, la convicción de que solamente el partido podía garantizar el socialismo, una disposición de emplear la violencia de forma desenfrenada y sin amparo de la ley– coadyuvaron a la formación del régimen autoritario unipartidista que se consolidó en 1921.

—En la estela de la Revolución de Octubre, la Guerra Civil Rusa estalló de forma casi inmediata, cuando una multitud de facciones luchó por el con-

trol político. Ese resultado, ¿fue una necesidad histórica o pudiera haber habido maneras de circunnavegarla?

—No me gustan las expresiones como «necesidad histórica», aunque sí creo que existen procesos y acontecimientos históricos que están determinados por fuerzas profundas de las que los agentes históricos no necesariamente son conscientes, o sobre las que no ejercen ningún poder. En la literatura académica está en boga aseverar que los Bolcheviques empezaron la Guerra Civil al tomar el poder: pero no es cierto. El Gobierno Provisional bajo Alexander Kerensky ya había sido atacado por el general Kornilov, quien aspiraba a establecer una dictadura militar y quien después se convertiría en uno de los tempranos líderes del movimiento de los Blancos. Lenin ciertamente no temía la guerra civil; en cierto sentido, hasta la acogió con satisfacción, considerándola simplemente el estado último de la lucha de clases. De hecho, mostró poco entendimiento sobre la naturaleza de la guerra civil que se avecinaba: pensó, por ejemplo, que la derrota del ejército Blanco, compuesto por oficiales zaristas, en la región del Don, en febrero de 1918, significaba el fin del conflicto. Pero la rebelión de las fuerzas checas en camino a Vladivostok, decididas a luchar en el Frente Occidental por la creación de un Estado checoslovaco independiente, desató una guerra civil inmensamente violenta que involucró a ejércitos convencionales y duró hasta 1920. Como bien sugiere su pregunta, no obstante, las facciones implicadas en la guerra eran mucho más complejas que un simple «Blancos contra Rojos»: también participaron los Revolucionarios Socialistas (que habían ganado las elecciones nacionales a la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917 y que instauraron su gobierno en el Ural occidental y en el Volga en el verano de 1918); diferentes ejércitos nacionalistas, especialmente en Ucrania y el Báltico; fuerzas intervencionistas alemanas y aliadas; caudillos [*warlords*]; cuadrillas de anarquistas; más insurgencias localizadas de campesinos, que

se transformaron en parte de la guerra convencional hacia el invierno de 1920-1921.

—*En una ocasión, Slavoj Žižek se refirió a la Revolución de Octubre como «el acontecimiento más traumático del siglo XX». ¿Usted estaría de acuerdo?*

—La afirmación de Žižek estriba, en parte, sobre cómo uno define la «Revolución de Octubre» y cómo se concibe la noción de «trauma». Si se entiende la Revolución de Octubre como algo que se extendió hasta el periodo de Stalin, puede que sea cierto (¡por un pelo!). Pero si se piensa en la Revolución de Octubre dentro de un emplazamiento temporal más acotado —es decir, como la lucha de los Bolcheviques por consolidar su régimen entre 1917 y 1921—, entonces, pese a los millones que murieron por la violencia y a causa de las epidemias y hambrunas, se encuentran otros episodios a lo largo del siglo XX que pueden competir por el título de dudoso mérito del «acontecimiento más traumático». Soy consciente de que Žižek no está diciendo eso, pero la severidad del trauma no es una función de cifras, sino de la intensidad de la violencia y de la profundidad de la dislocación social y del sufrimiento psíquico que se generan. En Guatemala, por ejemplo, en una guerra civil que duró desde 1960 hasta 1996 murieron o desaparecieron más de 200.000 personas, pero el total de la población creció de 3,8 millones a 10,9 millones durante el mismo periodo; por lo que quizá puede haber tenido un impacto traumático tal como los más de ocho millones que perecieron en el antiguo imperio ruso entre 1917 y 1921.

La Revolución rusa en Europa y en el mundo

—*¿Cómo se percibió la Revolución rusa desde Europa, todavía sumida en la confusión de la Primera Guerra Mundial?*

—Robert Gerwarth estima, incluso si excluimos a las víctimas de la «gripe española» y a los que murieron de hambre (consecuen-

cia de la continuación del bloqueo aliado contra Alemania), que los conflictos armados en el periodo entre 1918 y 1923 tuvieron como resultado la muerte de bastante más de cuatro millones de personas en toda Europa, excluida Rusia (Gerwarth, 2016). Pero aunque los niveles de militancia entre la clase obrera habían asumido una dimensión antes desconocida, las energías invertidas en crear una revolución social eran sólo un elemento en el conflicto violento y la turbulencia social que azotaban Europa en este periodo. Al empezar a desintegrarse los imperios ruso, austrohúngaro, otomano y de los Hohenzollern, nuevos estados lucharon por establecerse como tales, desembocando en muchos casos en guerras civiles, como en Rusia o Finlandia, Hungría, Irlanda y partes de Alemania. Además, la aplicación interesada y arbitraria del principio de la autodeterminación nacional, introducido por Woodrow Wilson por parte de los Aliados en Versalles, produjo gran enfado y frustración entre los pueblos de las potencias vencidas, que vieron cómo se escindían territorios y partes de la población; fenómeno que fue especialmente atroz en el caso de Hungría. En otras palabras, a la militancia obrera y campesina –que estaba en niveles históricamente desconocidos– se sumaban revoluciones nacionales, guerras civiles, revoluciones políticas contra los *anciens régimes* y, sobre todo, movimientos contrarrevolucionarios como el *Freikorps* en Alemania, contribuyendo todo ello a la confusión en la Europa de posguerra. De ahí que: sí, un elemento clave en esa confusión fueron los movimientos que buscaban establecer estados comunistas, no deberíamos exagerar, sin embargo, su poder. En Alemania, la dinastía de los Hohenzollern fue sustituida por una república democrática, y el gobierno de Weimar se esforzó en suprimir conflictos sociales de gran profundidad incluso hasta 1923, pero a mi parecer Alemania no se encontraba en una situación genuinamente revolucionaria comparable a la de Rusia en 1917. Bien es cierto que el liderazgo que mostraron los comunistas

alemanes en tres tentativas de golpe de estado fue inepto, pero es dudoso, incluso si Lenin hubiera estado al mando, que los comunistas pudieran haber llegado al poder. Y lo mismo también en el caso de Italia, aunque allí el Estado era más débil que el régimen de Weimar. La caída en picado de la economía espoleó las ocupaciones de fábricas y las furiosas tomas de terrenos durante el *bien-nio rosso* (1919-1920), pero fue la ultraderecha –en forma de los fascistas de Mussolini– y no la izquierda, la que salió reforzada de la crisis revolucionaria. En Hungría, donde una coalición encabezada por los comunistas instaló un gobierno de ultraizquierda que duró sólo 133 días en primavera y verano de 1919, y en el Báltico, donde se formaron repúblicas soviéticas de corta duración en Letonia y Lituania a finales de 1918, las perspectivas hacia un posible establecimiento de regímenes del tipo bolchevique eran más prometedoras que en Alemania, Italia, Eslovaquia y otros lugares. Esos regímenes fueron erradicados muy rápidamente, no obstante, por los nacionalistas apoyados por fuerzas ferozmente contrarrevolucionarias. De hecho, para Europa en su conjunto se puede afirmar que la contrarrevolución anti-comunista se mostró más fuerte que la amenaza comunista. Pero lo que importa –como bien implica su pregunta– es tanto la percepción como la realidad objetiva. Las clases dominantes europeas rápidamente llegaron a considerar la Revolución Bolchevique una amenaza mortal para su riqueza y poder. Incluso entre las potencias vencedoras como Francia y Gran Bretaña, donde la devastación de la guerra no causó tal estado de desafección popular que amenazara seriamente el *status quo*, los gobiernos de Clemenceau y de Lloyd George temblaban notablemente ante la amenaza bolchevique: tanto que hasta intervinieron en la Rusia Soviética en apoyo de los Blancos. Se podría añadir, además, que la ferocidad de la contrarrevolución fue desmesurada con respecto a la amenaza comunista en cada país, como bien se reconoce en casos como Finlandia y España

(dos países que no habían participado en la Primera Guerra Mundial), donde la amenaza roja fue aplastada sin piedad.

—*¿Cuáles fueron las percepciones «de ultramar», en especial desde Estados Unidos?*

—En Estados Unidos, el nivel de conflicto social y político no estaba a la altura de Europa ni por asomo, pero una serie de incidencias con bombas en 1919 y 1920 provocó un clima de histeria contra la izquierda. El peor de esos ataques fue el atentado en Wall Street el 1 de septiembre de 1920, en el que murieron 38 personas y 141 resultaron heridas. Ya en 1918, sin embargo, el presidente Woodrow Wilson había puesto en acción, a través del Congreso, la ley de sedición [*Sedition Act*] que permitió la deportación de personas políticamente indeseadas, de las que se asumía generalmente que eran inmigrantes extranjeros. Aparte de eso, en 1920 y 1921, varios estados promulgaron leyes que criminalizaban uniones sindicales como los Trabajadores Industriales del Mundo [*Industrial Workers of the World*]. El bolchevismo se consideraba una gran amenaza al estilo de vida americano, no sólo por su intención de nivelar la jerarquía social y de abolir la propiedad privada, sino también como movimiento que pretendía destruir el matrimonio y la familia, el orden «natural» de género y el cristianismo.

—*¿Se involucró China de alguna manera en los acontecimientos revolucionarios de Rusia? Cómo era la relación entre la República China y Rusia en torno a 1917?*

—El movimiento nacionalista naciente en China aborrecía profundamente el imperialismo de la Rusia zarista, que se manifestaba en el dominio sobre los ferrocarriles de la China oriental [*China Eastern Railway*], su reticencia en cuanto a la retirada de sus tropas de Manchuria hasta 1907, su parte en las indemnizaciones de los bóxer. A pesar de todo ello, Rusia no fue concebida como un problema mayor por el gobierno republicano que asumió el poder en 1912, ya que pronto sería amenazado por una poten-

cia imperialista mucho más agresiva: Japón. Japón no tardó en unirse a la guerra contra Alemania el 23 de agosto de 1914, en la creencia de que el apoyo de los aliados podría ayudar a asegurar sus demandas territoriales y comerciales en China. El carácter voraz de las ambiciones japonesas se reveló en las Veintiuna Exigencias a las que el gobierno de Yuan Shikai cedió en enero de 1915. El 14 de agosto de 1917, no obstante, con la esperanza de limitar las ambiciones de Japón, el gobierno de Yuan entró en la Primera Guerra Mundial en el bando de los aliados. A comienzos de 1919 se filtró la noticia de que los pacificadores reunidos en Versalles pretendían transferir los privilegios que Alemania había tenido en China a Japón; un choque para la esfera pública patriota. El 4 de mayo, después de que el gobierno dejara entrever sus intenciones de firmar el tratado de paz, los estudiantes tomaron las calles en Beijing, desencadenando en todo el país una ola de protestas contra los «traidores nacionales» en el gobierno y la injusticia de las potencias extranjeras. Este Movimiento del 4 de Mayo, como se dio a conocer, agrupó a intelectuales de la «Cultura Nueva», a estudiantes, obreros y comerciantes en un movimiento con amplia base nacionalista. El gobierno chino envió a 140.000 hombres como refuerzo para los aliados, concretamente para los conflictos del Frente Occidental, pero el hecho mucho menos notorio es que también mandó a un número considerablemente mayor de obreros para trabajar en la campaña militar del gobierno zarista. La emigración china al Lejano Oriente de Rusia había crecido rápidamente a partir del cambio de siglo, aunque las estadísticas al respecto son poco fiables y mucha migración fue más de corto plazo. En 1910 el gobierno ruso estimó que había alrededor de 115.000 colonos en el Lejano Oriente de Rusia. Posiblemente, hasta 400.000 chinos estaban trabajando en todo el imperio cuando estalló la revolución. Antes de que los Bolcheviques perdiesen el control sobre el ferrocarril transibe-

riano en 1918, se calcula que más de 40.000 de ellos volvieron a China. Eso quería decir, no obstante, que un número considerable de chinos seguía encontrándose en la Rusia europea, en Siberia y el Lejano Oriente, y una minoría considerable llegó a identificarse con la causa Bolchevique. Las estimaciones sobre el número de chinos que combatieron en el Ejército Rojo son muy dispares, pero es posible que alcanzara los 40.000 ó 50.000 combatientes en total (el número que aparece en el censo del Ejército Rojo en 1920, sin embargo, se remonta a tan sólo 2.500). Muchos de ellos se alistaron por el paro y el hambre, pero algunos ciertamente llegaron a identificarse con el compromiso de los Bolcheviques de elevar a los trabajadores al poder. Unidades chinas hicieron contribuciones valientes y decisivas a la causa Roja en Besarabia a comienzos de 1918, y en Ucrania y los Urales en 1918-1919. En Petrogrado en diciembre de 1918 se estableció la Unión de Trabajadores Chinos en Rusia, que alcanzó un número de 60.000 miembros en diferentes secciones. En su reunión inaugural proclamó: «Por la voluntad del destino, los trabajadores chinos en Rusia se encuentran en medio de la vanguardia de la revolución obrera mundial. Deben recordar que el sino de la Revolución China está estrechamente ligado al de la revolución de los trabajadores rusos. El triunfo de la revolución en la China oprimida será posible solamente en unidad con la clase obrera rusa. Larga vida a la Solidaridad entre los proletariados ruso y chino» (Persits, 1969). Las contribuciones concretas de esos trabajadores al movimiento comunista temprano en China no se han explorado mucho aún, pero puede que ayuden a explicar por qué, en el momento de su iniciación, el Partido Comunista Chino formuló la perspectiva de una revolución proletaria en China respaldada por la Unión Soviética, a pesar del tamaño pequeño de su clase obrera en 1920.

—*En un plano más abstracto, ¿cuáles fueron las consecuencias de la Revolución rusa sobre los desarrollos en China en general?*

—No creo que las consecuencias fuesen «abstractas», excepto en tanto que eran una manifestación particular de un fenómeno más general, esto es, que la Revolución rusa, más allá de Europa y Estados Unidos, fue recibida abrumadoramente como una revolución que prometía la liberación del imperialismo. Es realmente difícil exagerar el impacto que tuvo el manifiesto de Karakhan de julio de 1919 por el que se abolieron los derechos extraterritoriales, los privilegios económicos y las compensaciones de que gozaba el gobierno zarista; aunque no fue hasta mayo del año 1920 cuando esas noticias llegaron al país. Dai Jitao, tal vez el publicista con más talento en el resucitado Partido Nacionalista (Guomindang) de Sun Yat-sen, calificó esa declaración como «sin precedentes en la historia, y sin igual en su nobleza espiritual». Llegada la primavera de 1920, algunos de los grupos de estudio que se habían formado durante el Movimiento del Cuatro de Mayo, empezaban a pensar que la Revolución de Octubre ofrecía un camino a seguir para China, y, particularmente, que un partido al estilo bolchevique podría ser precisamente lo que la izquierda dividida, desorientada y diletante de China necesitaba. Es improbable, no obstante, que los involucrados hubieran abandonado sus grupos de estudio y se hubieran acercado a los obreros, si no hubiera sido por la llegada de Grigorii Voitinskii en abril de 1920, y más destacadamente, la de Henk Sneevliet (Maring) en junio de 1921. Esos dos emisarios de la Tercera Internacional (la *Comintern*), apoyados por los recursos estratégicos, ideológicos y financieros de la organización, dieron forma a los torpes escarceos de los inexpertos intelectuales jóvenes, orientándolos hacia la formación de un partido leninista y la organización de un movimiento laboral. La influencia de la *Comintern* fue especialmente visible en la redirección del naciente Partido Comunista Chino (PCC), distanciándose de la revolución proletaria y aproximándose, en su lugar, a una política de frente unido con el Partido Nacionalista, diseñada para liberar

China del caudillismo y del imperialismo extranjero. Desde tal perspectiva, la *Comintern* contribuyó masivamente a la revolución nacional de los años veinte y la orientación política del PCC —que he llamado un «nacionalismo anti-imperialista matizado por la noción de «clase» [*class-inflected*]— resultó ser clave para el éxito inusual del partido en ese periodo (Smith, 2000). Sin embargo, la estrategia del «bloque en el interior» [*bloc within*] que obligó a los comunistas a unirse al Partido Nacionalista de forma individual, le fue impuesta por Moscú a un PCC reticente. A pesar del éxito del frente unido durante la «revolución nacional» de 1925-1927, cuando el ejército de Chiang Kai-shek venció al caudillismo y restableció un gobierno nacional con el apoyo del PCC que movilizó a obreros, campesinos, mujeres, jóvenes y comerciantes, la insistencia de la *Comintern* en que el PCC al mismo tiempo «construyera la izquierda, convergiera con el centro y atacara a la derecha», tuvo resultados desastrosos. Las huelgas combativas y las expropiaciones limitadas llevadas a cabo por el PCC alarmó al ala derecha del Partido Nacionalista, y en abril de 1927 Chiang inició una masacre contra el partido que lo atrasaría políticamente durante más de una década.

— *Citando nuevamente a Žižek, «los grandes acontecimientos de la política emancipatoria moderna son la Revolución francesa, la Revolución de Octubre y la Revolución Cultural china». ¿Eso lo considera válido también usted desde un punto de vista histórico? ¿En su opinión, cómo están conectadas las tres revoluciones?*

— Los Bolcheviques y los Mencheviques sin duda se orientaron hacia la Revolución francesa como guía en los años posteriores a 1917. Se me ocurren muchos ejemplos: la asunción de que el terror era un instrumento necesario de la revolución; la comparación de la división entre Bolcheviques y Mencheviques con la de Girondinos y Jacobinos en la Asamblea Legislativa de 1791; la observación de Trotsky de que el ascenso de Stalin a partir de mediados de

los años veinte podía entenderse como un «termidor» —la detención de Robespierre, Saint-Just y otros líderes jacobinos en 1794—, ciertamente capaz de inaugurar un movimiento contrarrevolucionario que desembocaría en un «bonapartismo» (es decir, la comparación entre el establecimiento de una dictadura por Stalin y la carrera de Napoleón Bonaparte, Primer Cónsul de la República en 1799 y después emperador). Los contemporáneos de la revolución señalaban esos paralelismos continuamente, a pesar del hecho de que los Bolcheviques consideraban su revolución una forma superior a la «revolución burguesa» acontecida en Francia. Pero la comparación de Žižek de esas dos revoluciones a la Revolución Cultural en China es absurda. Ciertamente, uno puede encontrar una analogía con la Revolución china en su totalidad, a saber, el largo proceso de revolución que empezó con la «revolución nacional», que primero desarrolló una particular forma rural y guerrillera durante el periodo de los Soviets de Jiangxi (1931-1934), que fue consolidado luego en Yan'an por Mao Zedong durante la guerra con Japón (1937-1945), y que finalmente alcanzó el poder durante la guerra civil de 1945-1949. Una vez en el poder, Mao Zedong y los líderes del PCC se orientaron muy directamente hacia la Unión Soviética como inspiración (aunque en ocasiones también miraran más atrás a la Revolución Francesa). A comienzos de los años sesenta, Mao estaba convencido de que la Unión Soviética había degenerado, se había convertido en una dictadura burocrática bajo una burguesía estatal, de modo que la Revolución Cultural (1966-1976) fue concebida para prevenir una degeneración similar en China. Pero aunque la Revolución Cultural fue pensada complejamente, no veo ninguna razón por la que se pudiera ver como «emancipatoria»: desencadenó un conflicto intestino a escala masiva e inútil. Hasta me aventuraría a decir que la caracterización de Žižek es irresponsable, ya que celebra la violencia como dotada de un valor

intrínseco, una opinión que dista considerablemente de las de un Robespierre o un Lenin.

Cien años después: ecos y repercusiones hoy

— *¿Cuál es el legado más importante de la Revolución rusa? ¿Cree usted que las implicaciones y repercusiones de la Revolución rusa se han visto (parcialmente) disminuidas tras el colapso de la Unión Soviética? Entonces, ¿qué perdura hoy día en términos de ideología, memoria colectiva, identidad cultural, etc., no sólo en la esfera rusa, sino también a escala global?*

— Creo que hemos de partir de la postura de que el «legado» es continuamente debatido y sujeto a las revisiones a lo largo del tiempo. Además, en el caso de la Revolución rusa, el legado no se puede separar por entero de la historiografía, ya que es a través de la historiografía —y no de la memoria— cómo las representaciones e interpretaciones de la Revolución se han difundido. Para los contemporáneos del momento, el significado de 1917 se hallaba en la promesa de iniciar una revolución mundial que pondría fin a la explotación capitalista y a la desigualdad socioeconómica, elevando la clase obrera al poder a escala internacional. En mi opinión, sin embargo, cien años más allá, tal cosa no parece ser el legado principal (aunque bien podrá volver a serlo a lo largo del siglo XXI). Los Bolcheviques presentaron su revolución como el comienzo del fin del capitalismo. Incluso hasta el mismo año 1991, la Unión Soviética aseguraba que sustituiría, en último término, el capitalismo global por el comunismo, y que iba a instalar al proletariado en el poder a escala mundial. Pero durante el siglo XX —y a pesar de sus crisis muy serias— el capitalismo demostró un dinamismo y una capacidad de innovación inmensos que provocaron un incremento del nivel de vida para millones de personas, aún si al mismo tiempo concentró enormes riquezas en las

manos de pocos y acarrió nuevas formas de desigualdad, injusticia y alienación. Ahora, un cuarto de siglo más allá de 1991, muchos dirían que la Revolución de Octubre llevó Rusia a un *impasse* histórico: del capitalismo al socialismo y nuevamente al capitalismo. Lo que destaca desde una perspectiva centenaria son los elementos de la revolución social iniciada por los Bolcheviques; elementos que los mismos hubieran considerado secundarios al anticapitalismo y a la emancipación proletaria: el compromiso con la liberación de las mujeres, la consolidación nacional [*nation building*], el anti-imperialismo, el anti-racismo, ciertos experimentos en el estado de bienestar, en la educación, en el derecho, en nuevas concepciones urbanísticas y arquitectónicas, en innovaciones radicales en el arte, la literatura y la música. Esas eran las dimensiones de la Revolución que fueron radicalmente socavadas por Stalin, pero que nunca fueron repudiadas por completo. Sin duda, tal cosa sería concebir el legado de la Revolución en términos exageradamente positivos, y no intento negar que también se puede hablar de ese legado en términos mucho más negativos: en términos de una dictadura unipartidista, de la «desconexión» [*shutting-down*] de la sociedad civil, del pronto recurso al terror como instrumento de poder, etc. Pero estos últimos legados son bien conocidos y se discuten continuamente en los medios, mientras que hoy día –en un momento de poca simpatía hacia la revolución como una modalidad del cambio político– es más difícil para nosotros apreciar que 1917 engendró movimientos e ideales que no se tornarían viables en las democracias occidentales hasta mucho más tarde en el siglo XX.

Aparte de formaciones minúsculas de la extrema izquierda, los que desean la realización de una profunda transformación en el orden económico y político y buscan una vía para evitar la catástrofe ecológica, ya no contemplan el modelo bolchevique como una manera practicable o deseable para provocar cambios radicales en

lo político y social. He insinuado que no todo lo que salió de la Revolución rusa debería ser desestimado como carente de valor positivo para nosotros hoy día; pero una condición previa para aprender de la Revolución es que reconozcamos su alteridad radical, y que reconozcamos que fue el producto de una coyuntura terrible que entrañó la sangría de la Primera Guerra Mundial, un deterioro catastrófico de los niveles de vida y de la seguridad existencial, el colapso de cuatro imperios, la lucha violenta de naciones para alcanzar la condición de Estado, y la clara determinación de pueblos colonizados de no permitir de nuevo su sometimiento bajo el yugo del dominio colonial (Smith, 2017).

— *¿Cómo evalúan la academia rusa y la esfera pública rusa en general los acontecimientos de la Revolución hoy? ¿Hay intentos de beneficiarse de ellos en el terreno político?*

— Hubo grandes polémicas públicas sobre la Revolución rusa a partir del periodo de *perestroika* hasta los años noventa que generaron más calor que luz, aunque desde el comienzo del siglo XXI las pasiones han ido disminuyendo. La historiografía académica ha continuado de una manera más comedida, pero la tendencia entre los historiadores en Rusia es la de investigar sobre temas monográficos y de evitar las síntesis de gran escala (incluso, que yo sepa, no hay ninguna historia sinóptica de la Revolución rusa planificada para su publicación este año). Desde luego, la postura política de los historiadores individuales modela la manera en la que contemplan la Revolución: los de disposición nacionalista miran con simpatía hacia el régimen del zarismo tardío; los liberales tienden a lamentar la asfixia de la democracia y el rápido descenso hacia la violencia y el desorden legal; mientras que los que tienen una disposición más bien de izquierda hacen la crónica de los acontecimientos de tal forma que normalmente sugieren que no existía ninguna alternativa a los caminos que se emprendieron. Hay —o ha habido ya— un número de congresos académicos que han señalado

el centenario en Rusia, pero muchos menos que en Occidente, lo cual probablemente es reflejo de un cierto desasosiego a la hora de celebrar acontecimientos que tan rápidamente desembocaron en una guerra civil y una dictadura. Sólo el 19 de diciembre de 2016 señaló Putin a los académicos que comenzaran la preparación del centenario, en un discurso donde recalcó que «Necesitamos de las lecciones de la historia en primer lugar para la reconciliación y para fortalecer la concordia social, política y civil que hemos conseguido alcanzar... Recordemos que somos un único pueblo, un pueblo unido, y sólo tenemos una Rusia» (Discurso Presidencial, 2016). Aún así, la idea de «reconciliación nacional» no es precisamente una clavija robusta en la que se pueda colgar la conmemoración de una revolución que polarizó profundamente la sociedad y que abrió visiones radicalmente antagonistas sobre el futuro de Rusia.

Miscelánea y curiosidades

— *¿Cuáles son las concepciones erróneas más comunes sobre la Revolución rusa? ¿Qué desarrollos, coyunturas, etc. han sido a menudo vinculados a la Revolución rusa, pero que, en verdad, poco o nada tienen que ver con ella?*

— Hay demasiadas concepciones erróneas, grandes y pequeñas, como para poder enfrentarse a ellas adecuadamente. Para mí, el elemento más irritante en muchas obras de historiografía sería es la tendencia a convertir en una especie de colapso toda la historia de una revolución social colosal en la historia de unos pocos individuos: o se presenta a Nicolás, a Alejandra y a Rasputín como los únicos desencadenantes de la Revolución, o bien se les ve, muy sesgadamente, como las víctimas. En otra variante del procedimiento, Lenin es consagrado —tanto por la derecha como por la izquierda— como el demiurgo de la revolución. Como he dicho

antes, dudo mucho de que sin Lenin se hubiera producido la toma de poder por parte de los Bolcheviques, pero la idea de personalizar una serie de acontecimientos que tuvieron unas causas estructurales, políticas y contingentes muy complejas y profundas es francamente engañosa. En un segundo plano, mencionaría la visión todavía muy difundida tanto en la historiografía académica como, en grado aún mayor, en los medios de comunicación de que el estalinismo fue el único resultado posible del leninismo. Es indiscutible que en la teoría y práctica leninistas había aspectos que ya vaticinaban el estalinismo. Lenin fue el arquitecto del monopolio de poder del partido; fue él quien supeditó los soviets y los sindicatos al control del partido; él quien no toleraba a aquellos que pensaban de otra manera; él quien desmanteló muchas de las libertades civiles y políticas; él quien aplastó la oposición socialista. Crucialmente, su legado fue una estructura de poder que favorecía a un único líder, lo que potenció las consecuencias de las ideas y capacidades de ese líder mucho más de lo que es posible en un sistema democrático. Lo que conlleva eso lógicamente es el hecho de que, si otro líder, por ejemplo Trotsky o Bukharin, se hubiera convertido en secretario general, los horrores del estalinismo no habrían sucedido, aun cuando el atraso económico y el aislamiento internacional hubieran limitado significativamente sus posibilidades de maniobrar. El gran ejemplo de la extraordinaria capacidad de un líder en el contexto de un partido del tipo leninista es Deng Xiaoping, quien, a partir de finales de los años setenta, llevó a China desde una economía planificada hacia una economía de mercado, y desde una sociedad totalitaria a un modelo al menos parcialmente abierto, bien que todavía bajo el gobierno unipartista estricto. Podemos dudar, naturalmente, de que la visión de Bukharin de un socialismo a paso de caracol hubiera sido capaz de reducir la brecha económica y militar entre la Unión Soviética y las potencias capitalistas. Y podemos ser escépticos también de

que Trotsky hubiese podido avanzar la revolución en los países capitalistas más desarrollados, tal como lo veía indispensable para la victoria definitiva del socialismo en Rusia. Aún así, podemos estar convencidos de que ambos no hubieran desatado nada comparable a las violentas colectivizaciones o al Gran Terror que siguió poco después. Efectuando lo que él denominó la «Gran Ruptura», Stalin creyó que estaba avanzando la causa del socialismo, pero en verdad presidió la consolidación de una nueva élite dominante, la restauración de jerarquías económicas y sociales, la reconfiguración de la autoridad patriarcal, la resurgencia del chovinismo ruso, el rechazo de los experimentos artísticos en favor de un conformismo sofocante, y la extinción de prácticamente todos los experimentos progresivos sobre el bienestar social y las nuevas maneras de (con)vivir que se habían ensayado en los años veinte del siglo XX.

—*Para concluir, imaginemos un ‘counterfactual’ al estilo del volumen antológico de Niall Ferguson, Virtual History: ¿qué habría pasado si la Revolución rusa (y especialmente la Revolución de Octubre) no hubiera tenido lugar, o si hubiese sido impedida de alguna manera?*

—El único resultado estable hubiera sido una dictadura militar unipersonal que hubiera surgido desde la derrota de la Primera Guerra Mundial. Otro escenario probable habría entrañado el mismo descenso hacia el caos social y económico que de hecho se produjo en los años 1918-1933, pero sin ninguna autoridad centralizada que hubiese sido capaz de emplear la fuerza para prevenir la desintegración de un Estado antaño imponentemente poderoso.

M. C. B.

BIBLIOGRAFÍA

- GERWARTH, Robert. *The Vanquished: Why the First World War Failed to End, 1917-1923*. London: Penguin, 2017.
- HOBBSBAWM, Eric. *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*. London: Michael Joseph, 1994.
- *On History*. London: Weidenfeld y Nicholson, 1998.
- JORDANOVA, Ludmilla. *History in Practice*. London: Arnold, 2000.
- MCDANIEL, Timothy. *Autocracy, Capitalism and Revolution in Russia*. Berkeley: University of California Press, 1998.
- PERSITS, M. A. «Vostochnye internatsionalisty v Rossii i nekotorye vo-prosy natsional'no-osvoboditel'nogo dvizheniia (1918-iul' 1920)» en *Komintern i Vostok: bor'ba za leninskuiu strategiiu i taktiku v natsional'no-osvoboditel'nom dvizhenii*. Moscú: Nauka, 1969, pp. 53-109.
- Presidential Address to the Federal Assembly 1 December 2016*: <http://en.kremlin.ru/events/president/news/53379>.
- SMITH, Steve. *A Road is Made: Communism in Shanghai, 1920-1927*. Honolulu: University of Hawaii Press, 2000.
- *Russia in Revolution: An Empire in Crisis, 1890-1928*. Oxford: Oxford University Press, 2017.